

# Martí como organizador revolucionario

Por LISANDRO OTERO

☆ PUNTO FINAL solicitó al escritor cubano Lisandro Otero, el artículo que se reproduce a continuación. Próximo a cumplirse el vigésimo aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, que abre en América latina la ruta hacia la conquista revolucionaria del poder, conviene verificar los orígenes más profundos de la revolución cubana. Entre ellos está la gesta de Martí que influenció fuertemente a la llamada Generación del Centenario, encabezada por Fidel Castro. En este trabajo, Lisandro Otero analiza, precisamente, un ángulo de la lucha de José Martí al que suele darse poca importancia: su rol como organizador revolucionario, cuyos objetivos se vieron concretados en la primera revolución socialista de nuestro continente.



**JOSE MARTI:** el Apóstol de la independencia de Cuba fue también un esforzado organizador revolucionario.

SI buscamos en el diccionario Larousse la información que ofrece sobre José Martí hallaremos que se le describe como poeta, escritor y abogado cubano, apóstol de la independencia. Se dice de su prisión y destierro, de sus viajes y de su obra poética que permite clasificarlo como uno de los iniciadores del modernismo. También se habla de la fundación del Partido Revolucionario Cubano, de sus trabajos como panfletista político y de su muerte.

En esta importante fuente de referencia se escamotea —una vez más—, la personalidad de Martí como revolucionario, como organizador insurreccional. Se nos vela la imagen del Martí subversivo para entregarnos a un dulce poeta aceptable —y aceptado—, por la burguesía y el academicismo. No culpamos, desde luego, al diccionario por una concepción que en realidad ha sido frecuente.

De acuerdo con estas definiciones al uso, Martí quedaría “como el más brillante liberal de la cruzada que comenzara en París en 1789” según Pedro Pablo Rodríguez (1), “tan igualmente republicano como los franceses del siglo XVIII, los norteamericanos de la independencia o los latinoamericanos de las guerras contra España”.

Pero Martí fue más que eso. Advirtiendo a tiempo el carácter expansionista que adquiriría el capitalismo norteamericano vio la mejor defensa contra ese peligro en la unidad geográfica política de América latina. Para él la independencia de Cuba era un valladar frente al intervencionismo creciente.

Supo también asociar la emancipación de Cuba a la de Puerto Rico con lo que otorgó un carácter internacionalista a su esfuerzo. Cuba era sólo un paso inicial en un camino que frustró la muerte.

Cabe así decir que la última lucha anticolonial de nuestro continente se convirtió en la primera lucha antimperialista.

José Martí comprendió el mecanismo imperialista —sin llegar a trazar los principios teóricos del fenómeno tal como hizo Lenin pocos años después—, y llegó a denunciarlo y a situar toda su lucha bajo esa directriz de combate: “Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso”. (2).

Pero además de antimperialista Martí fue un maestro en el difícil arte de la subversión. Durante doce años organizó, conspiró con total discreción, buscó y acumuló dinero, compró armas y barcos, viajó ganando voluntades. Todo ello en la mayor austeridad personal e incluso con quebrantos y privaciones.

Para entender la brillantez de Martí como organizador hay que revisar aunque sea esquemáticamente, los antecedentes del proceso histórico cubano.

En su primer siglo la colonia de Cuba permanece como, un punto de referencia logístico en la explotación de América. La isla es apenas una factoría comercial, un almacén de vituallas, un puesto de abastecimiento para las flotas de galeones que conducen el oro y la plata de México y el Perú.

Los indígenas, que no poseen una cultura sólida como la incásica, maya o azteca, se extinguen rápidamente sin dejar huella de relevancia.

La primera ola de conquistadores viene buscando un rápido enriquecimiento para retornar a la metrópoli en breve plazo con el dinero y la aureola del indiano. A éste sucede el colonizador que, asentado en la tierra, se arraiga definitivamente en el país, se casa y tiene hijos nativos.

El aventurero inicial se convierte en colono y éste se transforma en una clase criolla que se diferencia —y distancia—, de los burócratas españoles.

Estos criollos son empresarios audaces que impulsan una creciente prosperidad. Durante los siglos dieciocho y diecinueve se produce un salto en el desarrollo. El cultivo de la caña de azúcar, el café y el tabaco, la introducción del ferrocarril —antes incluso que en la propia España—, son indicadores de esta expansión económica. Hasta entonces no existía una conciencia de nacionalidad.

Algunos pensadores como el presbítero Félix Varela introducen el estudio de las ciencias y abren el intelecto cubano al racionalismo moderno. José Antonio Saco plantea la eliminación de la esclavitud cuando ya el desarrollo de la máquina de vapor en la industria azucarera hace más económico el pago de trabajo asalariado. Arango y Parreño favorece el libre comercio. La revolución francesa influye en esta naciente burguesía progresista, deseosa de transformaciones que rechaza el absolutismo de la monarquía española.

(1) Pedro Pablo Rodríguez. La idea de liberación nacional en José Martí. Revista Pensamiento Crítico, números 49-50, febrero-marzo de 1971.  
(2) José Martí. Carta a Manuel Mercado. Obras Completas, Vol. 4, pág. 167, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963.

Los empresarios criollos se deslindan cada vez más de la burocracia. El poder económico comienza a entrar en contradicción con el poder político. La colonia es explotada al máximo por la metrópoli: abrumada de impuestos, entregada al funcionario de ultramar como prebenda.

Cuba comienza a definirse como ente autónomo, se inicia la toma de conciencia nacional. Escritores como Heredia, Avellaneda, Villaverde contribuyen a perfilar una identidad propia, a valorar los rasgos autóctonos, a hacer reconocible la personalidad nacional.

Todo este proceso que se inicia en las últimas décadas del siglo dieciocho está ya maduro a mediados del diecinueve. La clase patricia cubana está en posesión de casi toda la riqueza agraria de las grandes industrias del país: azucarera, cafetalera, ganadera, tabacalera. Los capitanes generales continúan su política de aislar a los criollos, de vedarles el paso a toda representación social que pudiera acarrearles prestigio y respetabilidad y sobre todo de impedirles la dirección política del país a quienes ya detentan su control económico.

En 1868 desemboca la crisis en un alzamiento armado en La Demajagua y se inicia una guerra que ha de durar diez años. Martí, nacido en 1853, verá sus años de adolescencia y su primera juventud agitados por los apasionamientos de la lucha política que es entonces paralela a la lucha armada. Irá, incluso, a la cárcel por sus convicciones tempranamente demostradas y sufrirá exilio a la edad en que la mayor parte de los muchachos están pensando aún en la primera novia.

Esta Guerra de los Diez Años fracasa por múltiples causas. Una de ellas consiste en una contradicción entre el Poder Ejecutivo encarnado en el Presidente de la República en armas Carlos Manuel de Céspedes y el Poder Legislativo constituido por la Cámara de Representantes. El primero es partidario de un firme mando centralizado. Los segundos desean descentralización y deliberaciones democráticas incompatibles con un estado de guerra. Simplificando los términos de la disputa pudiéramos reducirlo a esto: unidad de acción versus legalismo (3).

Es importante tener en cuenta este aspecto de la discusión teórica de aquellos tiempos porque años después Martí discreparía

del generalísimo Máximo Gómez sobre este punto que le causaba escozor al viejo guerrero recordando las dificultades del 68. La discusión se mantendría hasta la entrevista de La Mejorana donde Maceo y Martí volverían sobre él.

En 1882 Martí emprende la tarea de atraerse a los principales jefes militares cubanos para comenzar la revolución. El principal es, desde luego, Máximo Gómez a quien le escribe: "... he rechazado toda excitación a renovar aquellas perniciosas camarillas de grupos de las guerras pasadas, ni aquellas jefaturas espontáneas, tan ocasionadas a rivalidades y rencores" y concluye que desea "cambiar en la hora precisa la palabra por la espada" (4), es decir cambiar lo civil por lo militar, la teoría por la práctica.

En una entrevista sostenida con Gómez dos años más tarde surge de nuevo la preocupación que causó a Gómez la falta de una jefatura sólida, única, que guíe reciamente todas las fuerzas combativas. Martí le envía una carta dos días después en la que declara su "determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra un régimen de despotismo personal". Y remata lapidariamente: "Un pueblo no se funda, general, como se manda un campamento" (5).

Se comprenderán fácilmente las reservas que en estos militares endurecidos por diez años de foguero les causara cualquier intento de resucitar los intentos civiles de menoscabar su poder en momentos en que prima la acción y la violencia.

Martí que —como vimos anteriormente—, choca con estas realidades, aunque comprende perfectamente la dificultad y no desea entorpecer las operaciones militares, tampoco desea sentar un precedente militarista que pueda ser funesto en el momento en que surja la República.

Y aquí tenemos la primera evidencia de su genialidad como organizador. La revolución no será dirigida por el Poder Legislativo; una Cámara de Representantes u otro organismo similar; ni por el Poder Ejecutivo: un Presidente de la República; ni por las Fuerzas Armadas: un general en jefe. La revolución va a ser dirigida por un partido, es decir por un ente colectivo que

(3) Ramiro Guerra, *La Guerra de los Diez Años*, Vol. II, capítulos 2 y 5. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.

(4) José Martí, Carta al General Máximo Gómez. Ob. cit., Vol. 1, pág. 167.

(5) José Martí, Carta al General Máximo Gómez. Ob. cit., Vol. 1, pág. 177.

no es perecible como los hombres, y en cuyo seno pueden dirimirse las discrepancias antes de que lleguen a generar discordias y conflictos.

Martí funda el Partido Revolucionario Cubano en 1892. Con él se crea el instrumento para lograr la unidad de pensamiento y acción de todos los revolucionarios.

Martí aprovecha la existencia de clubes revolucionarios en diversas zonas del área del Caribe y Estados Unidos; Key West, Tampa, Ocala, New Orleans, Jamaica, Filadelfia, New York y con ellos crea las asociaciones —que son 24—, y la agrupación de éstas se controla con los cuerpos de consejo —que son 8—, al frente de cada uno hay un presidente que se sitúa bajo la autoridad del delegado José Martí.

La primera tarea que se asigna al Partido es la creación del ejército (6). Las asociaciones le proporcionan instrucción militar a sus miembros. Pero falta ganarse la confianza de los veteranos del 68, quienes poseen la experiencia y el conocimiento técnico para hacer la guerra.

A mediados de 1892 Martí ordena a los Cuerpos de Consejo que aborden a los militares y les pidan su parecer sobre quién debe dirigir el aspecto militar dentro del Partido. La votación proclama a Máximo Gómez, pero tiene otro efecto importante: el acercamiento de los veteranos al Partido, que culmina con un banquete y un acta de adhesión (7).

Ya Martí puede presentarse ante Gómez y Maceo como cabeza de un formidable aparato y no sólo como un joven idealista lleno de buenos propósitos. Desde el primer momento —he ahí otra admirable visión—, concibe el nuevo ejército no como un ejército profesional, no como un ejército de tecnócratas, sino como un ejército político, creado por el Partido y bajo la dirección del Partido (8).

Una vez en marcha el aparato militar hay que llevar el partido al interior de Cuba. Martí organiza una red de delegados en municipios y provincias bajo el mando de un delegado nacional. A estas extensiones

de la organización le encarga crear una red de simpatizantes y una red de militantes. Tal como dice Martí se trata de “armar a los decididos y convencer a los indecisos” (9). Les encomienda también la búsqueda de recursos materiales y la recaudación de fondos. La principal fuente logística es, desde luego, la emigración y en ella las asociaciones.

Finalmente, para redondear su tarea de organizador funda el periódico “Patria” con el objeto de llevar a todos los emigrados, a las asociaciones y hasta la isla misma las razones que asisten al Partido. La lucha ideológica debe ir unida a la lucha armada. Por ello dice: “Publiquen, publiquen... Las guerras van sobre caminos de papeles” (10).

En el primer número del diario va directo a fondo: “Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable”. Y también: “Nace este periódico... para contribuir a que sus fuerzas sean invencibles por la unión, y para evitar que el enemigo nos vuelva a vencer por nuestro desorden” (11).

Debe tenerse en cuenta que estas disposiciones organizativas, muy comunes y conocidas hoy en día, muy utilizadas por los partidos revolucionarios, consagradas por la experiencia de los bolcheviques, aprovechadas incluso en parte, por la derecha y sus organizaciones fascistas, eran en el momento en que Martí las concibió, bastante novedosas y originales para su tiempo.

Tal como acabamos de citar, Martí confiesa al iniciar Patria que su propósito es hacerse “invencibles por la unión”. Y aquí hallamos uno de los principios fundamentales que guió su actuación: lograr la unidad de todas las fuerzas revolucionarias, cerrar filas, cohesionar donde había dispersión, buscar denominadores comunes, desvanecer los elementos de pugna, vencer las discrepancias. A ello dedicó los últimos doce años de su vida.

Si frente a los reformistas de entonces Martí escoge la vía insurreccional, es decir la línea bélica, frente a la lucha de clases Martí es un pacificador. Se trata de posponer el conflicto social hasta que se logre la independencia. “Puesto que la estrategia independentista —afirma P. P. Rodríguez—,

(6) Leonardo Griñán Peralta. Martí, líder político, pp. 84 a 100. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970. Esta obra, editada por primera vez en 1940, contiene una apreciación de Martí que a muchos fue posible abordar sólo después de la revolución de 1959. Es el mejor enfoque que conozco sobre Martí como organizador revolucionario.

(7) Leonardo Griñán Peralta. Ob. cit., pág. 93.

(8) Dirección Política de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Historia de Cuba, pág. 340. Tercera edición. La Habana, 1971.

(9) Leonardo Griñán Peralta. Ob. cit., pág. 96.

(10) José Martí. Carta a Angel Peláez. Ob. cit., Vol. 1, pág. 296.

(11) José Martí. Nuestras ideas. Ob. cit., Vol. 1, pág. 315.

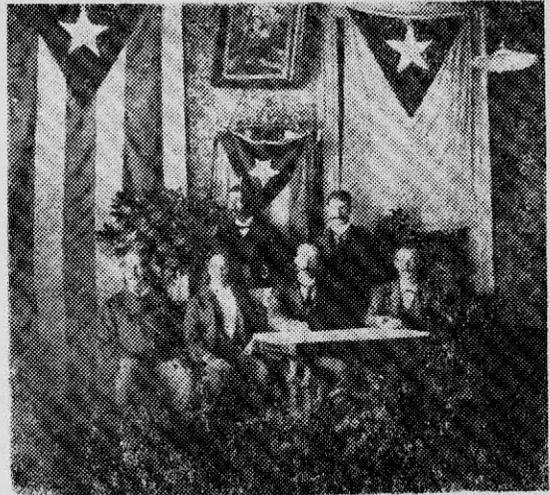
pretende lograr la liberación política de la nación cubana del dominio español, la táctica a seguir debe encaminarse a lograr la unidad de la nación, o sea, de todos los intereses cubanos, frente a España... Entrar a considerar conflictos entre las fuerzas sociales diferentes implica golpear la unidad nacional para la independencia" (12).

Después de terminada la guerra del 68 surge una nueva generación, de la que Martí es uno de sus exponentes, que llena de apasionamiento patriótico busca la independencia. Frente a estos jóvenes están los viejos revolucionarios, los que vivieron en las selvas y bosques por diez años desafiando a tiros el imperio español. Los últimos, orgullosos de su prosapia, con una experiencia, ven con indulgencia a los jóvenes. Estos —aunque respetan el esfuerzo realizado—, ven el fracaso anterior por pugnas intestinas. La gran tarea de Martí es unir a los veteranos con los nuevos, a los hombres del 68 con los hombres de 1895; lograr el apoyo de los caudillos para la nueva revolución.

Otro capítulo de su política unitaria fue la unión entre negros y blancos: la disminución o contención del racismo a niveles que permitiesen realizar la guerra necesaria.

Para entender lo que significaba el negro debe tenerse en cuenta que en 1868 Cuba tenía una población de un millón trescientos mil habitantes aproximadamente, de los cuales seiscientos mil eran negros o mestizos, según Pezuela (13). En el ánimo de los terratenientes criollos pesaba el fantasma de las terribles sublevaciones haitianas de fines del siglo anterior. Muchas de las familias patricias de la vecina isla se acercaron en Santiago de Cuba y otras zonas de Oriente trayendo consigo sus historias de violaciones que seguramente hacían escalofriarse a más de una doncella en los salones habaneros (14).

Temían también los criollos que la supresión del tráfico esclavista y la abolición de la servidumbre significase un detenimiento o retroceso del proceso de desarrollo económico de la colonia que descansaba en el esclavismo (15). Por su parte las autoridades



**ESTA FOTOGRAFIA de Martí en Jamaica fue tomada en 1892. Aparece explicando las bases del Partido Revolucionario Cubano, junto a otros dirigentes de esa organización.**

españolas atizaban interesadamente este temor cada vez que se les exigía mayores libertades o autonomía. La idea de ver la isla "entregada a los negros", hacía flaquear la voluntad independentista de más de uno.

En sus discursos, en sus artículos periodísticos, en la obra copiosa de propagandista político de Martí hay abundantes referencias a su propósito de lucha ideológica contra el racismo, paso indispensable para que blancos y negros marchasen juntos al campo de batalla.

Otra de sus tareas unitarias —la más hercúlea quizás—, fue acercar a todos los núcleos de la emigración, lograr la fusión de los exiliados entre sí y luego la unión de la emigración con los revolucionarios residentes en la isla. Si en algún momento se pensó que la emigración era la fuente de recursos económicos y materiales y los residentes constituirían la fuente de recursos humanos, Martí se encargó de demostrar que en ambos brazos había motor y ala. No se trataba de que unos revolucionarios sirviesen de almacenistas y otros de héroes. Todos debían dedicarse a todas las tareas necesarias a la revolución. Así la emigración nutrió las filas de las expediciones, además de abrir su bolsa. Los residentes recaudaron fondos y recursos, además de marchar a la pelea. La unión de los emigrados entre sí se logró con la fundación del Partido que convirtió los clubes revolucionarios en asociaciones y cuerpos de consejo.

Al lograr la incorporación de los vetera-

(12) Pedro Pablo Rodríguez. Ob. cit., pág. 153.

(13) Ramiro Guerra. Ob. cit., Vol. 1, pág. 1. Guerra toma estos datos del Diccionario de Jacobo de la Pezuela quien obtiene sus cifras del censo oficial de 1860-61.

(14) Véase la admirable novela de Alejo Carpentier, El Reino de este Mundo, para un enriquecimiento literario de la revolución haitiana.

(15) Ramiro Guerra. Ob. cit., Vol. 1, pág. 9.

nos del 68 al Partido y al unificar a los revolucionarios de dentro y fuera de la isla, Martí dio otro paso muy importante en su objetivo de pulimento solidario; la eliminación de los regionalismos, el olvido de los celos entre villareños, camagüeyanos y orientales, el debilitamiento de los feudos de autoridad que tanto debilitaron la Guerra de los Diez Años.

Podemos señalar cómo el último de los propósitos unitarios de Martí la integración de Cuba a una gran comunidad latinoamericana que equilibrase el poder norteamericano y le detuviese en su expansionismo y sojuzgamiento de otras naciones. Ya señalamos al principio de este texto las razones de su antimperialismo y sus intenciones de coherencia continental.

Aparte de su empeño de gran coordinador —como lo llama Griñán Peralta—, Martí cambia la composición de clase de quienes sostienen y anima la revolución. Como vimos anteriormente la guerra del 68 fue producto de contradicciones entre la oligarquía criolla y el poder colonial, siendo los hacendados y esclavistas quienes poseídos de una conciencia nacional, desatan la guerra en el curso de la cual se produce la liquidación de la burguesía agraria criolla y su transformación en pequeña burguesía. Los centrales azucareros de las provincias orientales desaparecen arrasados por la violencia mientras que los centrales de las provincias occidentales —menos afectados—, desarrollan su tecnología y aumentan su capacidad de producción (16).

Los comerciantes y prestamistas españoles se apoderan de las tierras de los criollos arruinados y se las dan en arriendo a sus antiguos propietarios (17).

Al abolirse la esclavitud sobreviene una escasez de mano de obra y la industria azucarera se ve obligada a escindir el aspecto puramente industrial de su aspecto agrícola que suministra la materia prima.

Todo lo enumerado contribuye a que la clase media que apenas existía anteriormente se fortalezca y aumente considerablemente su número. Por otra parte los libertos constituyen un flamante proletariado, aunque sin una conciencia proletaria ni una organización política (18). Otro de los grandes aciertos de Martí como organizador revolucionario es incorporar una parte de es-

ta masa a la lucha independentista. Si en la guerra anterior los fondos se recaudaban entre los grandes hacendados, si los financieros de la revolución eran los burgueses encabezados por el millonario Miguel Aldama, ahora serán los pobres, los obreros tabaqueros, las clases populares y la clase media quienes entregarán el dinero para las armas.

La alineación de clases de la guerra de 1895 es la siguiente: "Por la independencia: la clase obrera agrícola y urbana, los campesinos pobres y la pequeña burguesía, agraria y urbana; por la autonomía, primero, y por la anexión, después: la gran burguesía cubana de Occidente, por la colonia y la gran burguesía comercial y terrateniente española, y la pequeña burguesía española urbana y ciertos sectores de la clase trabajadora urbana, de procedencia española" (19).

Martí crea un Partido de base proletaria y pequeño burguesa en contraposición a la base de gran burguesía que comenzó y sostuvo la guerra anterior.

Hemos insistido suficientemente en Martí como forjador de la unidad, pero apenas hemos hablado del Martí polémico que desarrolla una lucha ideológica indispensable para mantener la pureza del pensamiento revolucionario frente al anexionismo, el reformismo y el autonomismo. Hay un Martí de concordia, de cierre de filas y otro Martí de pelea. Vuelto al frente interno, cordializa. De cara al enemigo ideológico, combate.

Ya a finales del siglo dieciocho, ante la manifestación de las primeras contradicciones entre el poder económico criollo y el poder político español, comienza a gestarse un movimiento reformista que solicita fundamentalmente la libertad de comercio, la exención de ciertos impuestos, la protección al régimen esclavista y un gobierno propio que permitiese a la isla ser considerada, al menos, como una provincia española (20).

Ulteriormente, acercándose al término de la primera mitad del siglo diecinueve, hay una nueva presión reformista que reitera la supresión de aranceles, la asimilación de la isla a España o la autonomía y el envío de diputados cubanos al Parlamento español.

La rebelión de La Granja en 1836 y la liberalización de la política en la metrópoli

(16) Dirección Política de las FAR, Ob. cit., pág. 321.

(17) Idem., pág. 322.

(18) Idem., pág. 324.

(19) Idem., pág. 326.

(20) Idem., pág. 74.



**TABAQUEROS** cubanos de Tampa, Florida, adiestrándose en el manejo de armas para liberar a su patria del yugo colonial.

fuerza la elección de diputados en la colonia cubana, pero ello durará poco. Convencidos de que alentar la reforma es perder la isla a largo plazo, los dirigentes españoles expulsan a los diputados cubanos de las Cortes (21).

Hacia 1845 comienza a manifestarse el anexionismo. La expulsión de los diputados convence a muchos autonomistas que no puede lograrse gran cosa y se buscan nuevas vías. Por otra parte, el desarrollo de la máquina de vapor impone la modernización de la industria azucarera, para lo que se requieren grandes capitales que la metrópoli no puede dar. Inglaterra presiona a España para terminar con el esclavismo y los hacendados criollos se vuelven al sur de Estados Unidos donde impera el esclavismo sin limitantes.

Se desata una guerra arancelaria entre Estados Unidos y España. Para proteger la harina española que se vende a Cuba se elevan los impuestos aduanales a la harina proveniente de Estados Unidos. Estos, en represalia, suben los aranceles al café cubano y comienzan a importarlo del Brasil. Ello arruina a la industria cafetalera cubana.

La anexión de Texas a los Estados Unidos en 1845 y el comienzo de su rapiña contra México, que determina la incorporación de

California y Nuevo México (22), es otro elemento que alienta esta nueva actitud de propiciar la anexión de la isla de Cuba a los Estados Unidos como un estado más de la unión norteamericana.

Los anexionistas no tuvieron apoyo del gobierno de Washington que ya tenía planificado apoderarse de la isla mediante la compra o en una guerra de conquista, de manera que no tuviesen participación alguna los cubanos. Los estados sureños, que son favorables a la anexión de Cuba, entran en contradicción con los norteros, que son partidarios de la fórmula anterior.

Se organizan expediciones militares a Cuba con el fin de promover una revuelta proanexionista, pero los propios norteamericanos confiscan sus efectivos. El general Narciso López terminó en el desastre con la última de sus expediciones.

El fracaso del movimiento anexionista determina un nuevo auge de los reformistas.

España había comprendido —aparentemente—, que era necesario aplacar a los oligarcas criollos y envió capitanes generales tolerantes que permitieron a los reformistas organizarse en un partido político y fundar el periódico "El Siglo".

Los reformistas insistían en la disminución de los impuestos aduanales, en la concesión de los atributos de provincia español-

(21) Idem., pág. 104.

(22) Idem., pág. 129.

la a la isla y —un cambio sustancial—, accedían ahora a la abolición de la esclavitud, pero de manera gradual y mediante el pago de indemnización. Este último cambio se debía a que ya el 70 por ciento de la industria azucarera había sido mecanizada.

Se organizó en 1865 una comisión que debía informar sobre las reformas propuestas. España fingió transigir, jugueteó con los miembros de la Junta durante un tiempo y terminó no concediendo nada. Desesperados los reformistas se batieron en retirada y los independentistas ganaron terreno. Fue este fracaso el que hizo que el conde de Pozos Dulces afirmase del régimen español: "No es un gobierno, es un ejército acampado en país enemigo" (23).

Entonces sobrevino la insurrección de Yara y la Guerra de los Diez Años y su fracaso, y Martí recogió en su momento el fruto de todos estos antecedentes.

Entre las dos grandes tendencias del siglo diecinueve cubano: evolución versus revolución. Martí toma partido por la última y argumenta en contra de la primera. Tal como señala Medardo Vitier (24), "las ideas de reforma política atraviesan el siglo entero". El intento revolucionario no está tan firmemente arraigado como el reformismo. De ahí que Martí lo vea como un enemigo de señalada importancia.

Durante su exilio en España Martí publica en Madrid, en 1873, un folleto: "La República española ante la revolución cubana" en el que se dirige a la opinión pública de la metrópoli con las razones del independentismo (25). Dos meses más tarde publica en Sevilla un artículo sobre las reformas: "Yo iba a decir que las reformas eran ya tardías. Si antes de la revolución eran justas, si eran necesarias antes de que existiese la revolución. Después de la revolución era necesario algo más que las reformas" (26).

En su respuesta al diario "The Manufacturer" se pregunta Martí si la unión de un pueblo inerme con un vecino fuerte y desdénoso es "útil para su conservación y bienestar" (27). Y fulmina así a los anexionistas: "Es probable que ningún cubano

que tenga en algo su decoro desee ver a su país unido a otro donde los que guían la opinión comparten respecto a él las preocupaciones sólo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia".

En 1892, año en que funda el Partido, escribe en el periódico "Patria": "La continuación de la revolución no puede ser la continuación de los métodos y el espíritu de la autonomía; porque la autonomía no nació en Cuba como hija de la revolución, sino contra ella" (28).

Humorísticamente usa contra el reformismo un refrán popular del que dice que pudiera ser el lema de la revolución: "Con recortarle las orejas a un mulo, no se le hace caballo". Acusa, finalmente, al partido autonomista de servir de represa a la revolución y de preconizar el fantasioso propósito de prolongarle la vida al dominio español. Y para los que lo acusan de azuzador de odios: "La guerra se ha de hacer para evitar las guerras".

Ese mismo año, también en "Patria" califica a los autonomistas de realizar una "obra tortuosa, indecisa, descorazonadora y parcial..." (29).

A todo ello responde el Partido Liberal Autonomista en un manifiesto emitido en 1895 poco después de recomenzada la insurrección: "...las revoluciones, salvo en circunstancias enteramente excepcionales y extremas que se producen muy de tarde en tarde en la vida de los pueblos, son terribles azotes, grandes y señaladas calamidades para las sociedades cultas, que por la evolución pacífica, por la reforma de las instituciones y los progresos y el empuje de la opinión, llegan al logro de todos sus fines racionales y de todas sus aspiraciones legítimas" (30).

Ante esta maniobra evidentemente contrarrevolucionaria y antipatriótica, sobran las palabras, en ese instante los fusiles están dando la mejor respuesta.

Por último, Martí se caracteriza por su trabajo como publicista, como expositor de la teoría revolucionaria. Tal como señala Griñán: "Forma de lucha, medio político eficaz para alcanzar los objetivos estratégicos y técnicos antes aludidos, tenía que ser, entonces como siempre, la propaganda. Y esta arma de combate la manejó Martí tan

(23) Idem., pág. 138.

(24) Medardo Vitier. Las Ideas y la Filosofía en Cuba, pág. 111. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1970.

(25) José Martí. La República Española ante la Revolución Cubana. Ob. cit., Vol. 1, pág. 89.

(26) José Martí. Las Reformas. Ob. cit., Vol. 1, pág. 108.

(27) José Martí. Cuba y los Estados Unidos. Ob. cit., Vol. 1, pág. 229.

(28) José Martí. La Agitación Autonomista. Ob. cit., Vol. 1, pág. 331.

(29) José Martí. Autonomismo e Independencia. Ob. cit., Vol. 1, pág. 355.

(30) Dirección Política de las FAR. Ob. cit., pág. 359.

bien que de él puede afirmarse que el propagandista completó al teórico..." (31).

En primer lugar, Martí fue hábil en la persuasión. Su enorme prestigio personal lo ponía en juego para exhortar o convencer de que lo que aconsejaba era lo correcto, lo justo. Era un político realista y prudente, además de audaz, "que inteligentemente supo mover a las muchedumbres en dirección conveniente a los intereses de ellas" (32). Y más adelante el propio Griñán: "... supo hacer desear la revolución fomentando la esperanza en el mejoramiento que ella habría de producir..." (33).

Griñán Peralta señala como fines de la propaganda martiana el justificar la guerra mostrando la necesidad de hacerla; inspirar confianza en las aptitudes de Cuba para lograr y conservar su independencia; inspirar confianza a los españoles arraigados en el país (34); despertar la simpatía de todos los países. Y siempre preocupado en sumar, en atraer prosélitos, en fomentar la unidad considerando siempre "a todo adversario como un posible aliado, ya que el enemigo de hoy puede ser el amigo de mañana" (35).

Martí levantaba el ánimo de los derrotistas, neutralizaba con la contrapropaganda las imputaciones del enemigo que lo acusaba de negrófilo, demagogo o idealista; usaba, en fin, cuanto argumento le fuera útil —dentro de los principios que mantenía—, para subrayar la incompatibilidad entre España y Cuba, la contradicción de intereses antagónicos entre los que deseaban a la isla colonia o provincia y los que la querían libre. En todo instante fue un concientizador, alentó certidumbres, formó caracteres, instigó el espíritu de combate, entregó razones.

Como medios para tales fines usó tres: sus discursos, sus artículos periodísticos y su correspondencia. Si tenemos en cuenta que vivió 42 años asombra ver que sus obras completas constan de 27 volúmenes de unas 500 páginas cada uno como promedio. Cabe preguntarse cómo tuvo tiempo para algo, además de escribir. Y es que —como



**FIDEL CASTRO:** cien años después, en 1953, continuó la revolución de Martí.

indica Griñán—, "utiliza la palabra viendo en ella un medio para alcanzar un fin que no es la fama literaria sino la liberación de su patria" (36).

Para concluir su tarea de una vida, ya iniciada la insurrección, ya encendidos los fuegos de la guerra, se pone al frente de la revolución que organizó: desembarca en Cuba, marcha con las tropas y en uno de los primeros combates se lanza al galope contra el enemigo y lo quiebran con una descarga de fusilería. Cien años después de su natalicio, en 1953, un grupo de jóvenes cubanos, armados con su ideología, dirigidos por Fidel Castro, atacan el Cuartel Moncada y continúan la revolución interrumpida.

**LISANDRO OTERO**

(31) Leonardo Griñán Peralta. Ob. cit., pág. 53 y siguientes.

(32) Idem., pág. 56.

(33) Idem., pág. 59.

(34) José Martí también abogó por la unidad de los españoles con los cubanos. En *Nuestras Ideas*, Ob. cit., pág. 315, afirma: "Cuando la guerra no se ha de hacer, en un país de españoles y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una nación incapaz de gobernar un pueblo que sólo puede ser feliz sin ella, la guerra tiene de aliados naturales a todos los españoles que quieren ser felices".

(35) Leonardo Griñán Peralta. Ob. cit., pág. 64.

(36) Idem., pág. 61.

# CUANDO EL PROLETARIADO SE LANZA A LUCHAR POR EL PODER

\*\*\*EN LOS números 157, 158 y 159 de PF hemos dado a conocer interesantes aspectos de un libro casi desconocido, "La insurrección armada", que un equipo redactor del Komintern publicó en 1928. En esta oportunidad publicamos una síntesis del capítulo "El carácter de las acciones militares al principio de la insurrección", que fue escrito por el mariscal Mijail Tukachevski, ex miembro del Estado Mayor del Ejército Rojo.

**L**A insurrección armada tendiente a la destrucción del aparato gubernativo y a la conquista del poder por parte del proletariado, asume las características de una lucha armada implacable entre el sector militarmente organizado del proletariado y de sus aliados, y la fuerza militar de las clases dominantes. En el primer periodo de esta guerra civil declarada, la lucha se desarrollará, principalmente, en las ciudades, por lo cual asumirá la forma característica del combate urbano, aunque admitiendo variantes determinadas por las circunstancias.

Del resultado que arroje la lucha en este periodo y de la rapidez con que el proletariado logre formar un número suficiente de unidades en condiciones de combatir, dependerá en gran medida el resultado de la lucha por la consolidación y por la extensión territorial de la revolución. Posteriormente, cuando el proletariado haya conquistado sólidamente el poder en las principales zonas económicas y políticas (las capitales, los grandes centros económicos, etc.), la lucha armada asumirá, esencialmente, el carácter de una guerra en campo abierto entre el Ejército Rojo regular y los residuos de la contrarrevolución interior o de los intervencionistas extranjeros.

La guerra civil (y, por lo tanto, la insurrección armada) está sujeta a las reglas del arte militar, en la misma medida en que lo están las operaciones de los ejércitos regulares. Sin embargo, teniendo en cuenta las características específicas de las operaciones previstas en función de la insurrección, la táctica de la lucha armada del proletariado por el poder —es decir, durante el primer periodo de la guerra civil— diferirá notablemente de la táctica empleada por los ejércitos regulares.

En el duelo entre dos ejércitos regulares siempre existe un frente, tanto en el campo abierto como en las ciudades. En cambio, al menos durante las primeras fases de la sublevación armada, la lucha del proletariado se desarrolla en condiciones completamente diferentes.

En primer lugar, entre los beligerantes no existe un frente determinado. Así, tanto para el proletariado como para las clases dominantes, el frente se encuentra en todas partes. Amigos y enemigos, de una parte y de otra, no están separados territorialmente. Por un lado, el proletariado revolucionario dispondrá, inevitablemente, de partidarios, camuflados o declarados, en el campo de las clases dirigentes (en el ejército, en la policía, en los diferentes organismos que se encuen-

tran sometidos a la influencia política y material de los partidos de las clases que detentan el poder, etc.); por otro lado, entre las filas del proletariado existirán partidarios, ocultos o declarados, del régimen constituido (el aparato de la socialdemocracia, el sector del proletariado y de la pequeña burguesía que se encuentran bajo la influencia de la socialdemocracia, etc.).

En segundo lugar, cuando llegue el momento de la lucha armada por la conquista del poder, el proletariado todavía no dispondrá de un verdadero Ejército Rojo regular, organizado y equipado según las exigencias de la táctica moderna. Las unidades de la Guardia Roja no son, en efecto, más que el embrión del futuro Ejército Rojo. El ejército regular del proletariado se forma, y se debe formar, en el curso de la lucha por el poder.

En tercer lugar, la experiencia demuestra que la situación de las fuerzas armadas de las clases que detentan el poder, cambia sensiblemente en el curso de la insurrección, y que, por tal razón, el ejército difiere sensiblemente, por lo que se refiere a cohesión y a combatividad, del ejército que lucha en tiempos normales contra las fuerzas de un Estado enemigo. Bajo la influencia de la agitación del partido revolucionario y en el epicentro de la batalla, en el seno del ejército se producirán, en efecto, procesos de diferenciación social que introducirán el germen de la descomposición, comprometiendo la capacidad combativa de los soldados. En última instancia, tanto en el ejército como en la policía, junto a las unidades que combaten activamente contra el proletariado revolucionario, se encontrarán otras unidades, grandes y pequeñas, cuyos miembros oscilarán entre la revolución y la contrarrevolución. Se multiplicarán los casos de desobediencia al comando reaccionario, los casos de abierta rebelión y las deserciones hacia las filas de la revolución.

Mientras lucha por el poder, el proletariado revolucionario debe formar un ejército regular propio, disgregando, mediante la agitación política y también mediante la lucha física, los cimientos armados de las clases dirigentes, el propio ejército, la policía, la marina de guerra, las diferentes organizaciones fascistas.

Estas tres características específicas de la lucha del proletariado por la conquista del poder, imponen una determinada etiqueta a la táctica empleada. Por esta razón, la táctica bélica usada por el proletariado durante la insurrección difiere, desde muchos puntos de vista, de la táctica de los ejércitos regulares. En consecuencia, los organizadores y los dirigentes de la insurrección, no sólo deben conocer el arte militar en general, sino que además deben saber aplicar las normas teóricas y las tácticas militares, de acuerdo con las condiciones particulares de la insurrección.

Las peculiaridades de la táctica insurreccional serán vistas con mayor claridad, cuan-



**LOS DIRIGENTES** militares de la revolución de Octubre trazan los planes de la insurrección que llevó a la clase obrera al poder en la URSS.

do estudiemos los diferentes elementos que caracterizan la organización y la ejecución de la sublevación armada.

Una de las cuestiones esenciales de toda insurrección proletaria consistirá, en el futuro, en la necesidad de asegurar la superioridad de las fuerzas militares insurreccionales organizadas, sobre las fuerzas armadas del enemigo.

Las insurrecciones proletarias de Cantón, de Hamburgo, de Reval y de tantas otras ciudades, fracasaron, en última instancia, sólo porque sus dirigentes, a causa de factores objetivos y subjetivos, no supieron resolver a favor de los rebeldes este problema de fondo. Faltando la superioridad militar sobre el enemigo y la posibilidad de aumentar rápidamente las fuerzas armadas insurreccionales en el curso de la sublevación, los rebeldes se vieron obligados a pasar a la defensiva y a renunciar a toda operación activa, inmediatamente después de haber entrado en acción. Y está demostrado que tanto en una insurrección como en una guerra entre dos ejércitos regulares, la defensiva no decide ni puede decidir la suerte de una operación.

La experiencia de las insurrecciones proletarias de estas últimas décadas permite afirmar que muy raramente el proletariado gozará, antes de la insurrección, de superioridad militar sobre las fuerzas armadas de las

clases dominantes. Es más: en la mayor parte de los casos, al principio de la sublevación será mucho más débil desde el punto de vista militar. La superioridad sobre las fuerzas armadas enemigas debe (y puede) ser obtenida durante la insurrección. La propia posición del proletariado en cuanto fuerza a la ofensiva, la situación política general favorable a la revolución, que influye negativamente sobre el ejército burgués, sobre la policía y, en general, sobre todas las fuerzas armadas de las clases antagonistas, favorecen objetivamente la afirmación de esta superioridad. El plan insurreccional y las otras medidas organizativas del proletariado, no pueden perder de vista, por consiguiente, la necesidad de un crecimiento regular y rápido de las fuerzas armadas en el curso de la insurrección, con el fin de conquistar la superioridad sobre el enemigo, aplastándolo bajo los golpes concéntricos de las poderosas fuerzas armadas de la revolución.

A esto se vincula otra cuestión: ¿cómo asegurar a la organización táctica, durante la insurrección, el apoyo activo de las masas revolucionarias? ¿Cómo incorporar a la lucha activa y cómo utilizar convenientemente (según el plan insurreccional) a las masas revolucionarias, para que colaboren con la realización de los objetivos insurreccionales? Descuidar esta cuestión significa condenar al

fracaso a la organización combatiente del proletariado. La causa principal de la derrota del 19 de diciembre de 1924 en Reval fue, como sabemos, que la organización militar, una vez iniciado el ataque, se encontró aislada, en la medida en que el Partido no había sabido organizar e incorporar el grueso del proletariado a la lucha activa, en el momento en que entró en acción la organización táctica.

La incorporación a la lucha y la correcta utilización de las masas revolucionarias en el curso de la insurrección, representan uno de los problemas más complejos y, al mismo tiempo, más importantes de la dirección de la insurrección.

Por consiguiente, al elaborar el plan estratégico insurreccional, será necesario no perder nunca de vista estas consideraciones, que, por otra parte, deberán ser tenidas en cuenta sobre todo para la preparación de los planes tácticos sobre los diferentes objetivos. (...)

### LAS FUERZAS ARMADAS DEL PROLETARIADO

El punto más débil del proletariado insurrecto es la falta de armas al principio de las operaciones. Son raros los casos en que la organización militar está en condiciones de acumular reservas suficientes de armas antes de la insurrección. La experiencia de las insurrecciones pasadas demuestra que la organización militar del proletariado se ve a menudo imposibilitada —a causa del régimen de terror o de la falta de recursos financieros— de procurarse, antes de la insurrección, la cantidad de armas y de municiones necesaria (Hamburgo, Shanghai, Reval, etc.), para no hablar de la imposibilidad de armar a las masas proletarias. Por lo general, los revolucionarios obtienen las armas en el curso de la insurrección.

Otro punto débil del proletariado es que la mayor parte de los insurrectos (salvo raras excepciones: cuando, por ejemplo, la conquista del poder se produce en tiempo de guerra o inmediatamente después de una guerra) no posee una preparación suficiente sobre el empleo de las armas —sobre todo por lo que se refiere a las ametralladoras y a la artillería. Esto pudo verse sobre todo en la insurrección de Cantón (apenas cinco de los treinta cañones conquistados por los insurrectos fueron realmente utilizados) y en la de Reval. En este último caso, los revolucionarios no estuvieron en condiciones de aprovechar tres ametralladoras "Thomson" que se encontraban en sus manos, simplemente porque no sabían cómo usarlas.

Por lo general, los insurrectos están mal preparados desde el punto de vista militar. Ello se explica, sobre todo, en función de causas objetivas (carencia de armas, terrorismo gubernativo, etc.). Sin embargo, la mayor parte de los partidos comunistas atribuye demasiado poca importancia a la preparación militar de los obreros. Así, el proletariado carece, para su organización combatiente, de personal preparado en el terreno táctico.

Por otro lado, los insurrectos son, en buena medida, impresionables: con frecuencia bastan pequeñas derrotas transitorias para minar desastrosamente su moral y su espíritu

combativo, mientras que una victoria aumenta enormemente su valor, dándoles nuevo impulso para la realización de operaciones audaces. En consecuencia, la conquista de victorias continuas, aunque limitadas, debe representar, durante la insurrección, una necesidad imperiosa, sobre todo en la primera fase de la lucha.

Por otra parte, las fuerzas armadas del proletariado (organización de combate) poseen cualidades combativas relevantes y muy preciosas, que les confieren importantes ventajas sobre las fuerzas armadas de la burguesía: la conciencia de sí, el interés vital por la victoria de la insurrección, su contacto constante con las masas trabajadoras que las respaldan, la idea de que en el seno de las clases dominantes reina el caos, que el gobierno se encuentra sumergido en un mar de contradicciones insuperables y que la única manera de salir del caos y de mejorar las miserables condiciones materiales y culturales de los trabajadores, es una lucha sin cuartel contra los explotadores, instaurando, finalmente, según el ejemplo de la Unión Soviética, la dictadura del proletariado. De todo esto nacen las condiciones favorables para el desarrollo, por parte de cada combatiente, de un mayor espíritu de iniciativa; de todo ello nace el entusiasmo por la lucha, la disposición al sacrificio, la posibilidad de lanzar ataques audaces contra el enemigo y de llevar a cabo la lucha urbana, tanto con grandes unidades (100, 300 ó 500 hombres), como mediante pequeños grupos movilizados por todas partes.

Dado que viven en la ciudad, los insurrectos la conocen como la palma de la mano, saben orientarse, conocen las condiciones de vida, etc. Gracias a ello, disponen de todos los medios necesarios para asegurarse la ventaja de un ataque por sorpresa, para aparecer repentinamente por donde el enemigo menos se lo espera, para realizar positivamente incursiones relámpago en la oscuridad y, en caso de derrota, para retirarse sin ser vistos y prepararse nuevamente para otra acción en otro barrio y con nuevos objetivos.

Todos estos elementos, unidos a la lucha revolucionaria de las masas (que ya antes del comienzo de las operaciones y luego, durante la insurrección, han desorientado y disgregado el poder gubernativo, gracias a su actividad creciente) y a la continua incorporación (fruto del entusiasmo real de los trabajadores) de nuevos obreros dispuestos a combatir y de unidades del ejército que abandonan al régimen reaccionario, compensan, al menos hasta cierto punto, los defectos de carácter técnico o táctico ya señalados, aumentando sensiblemente el éxito de las operaciones.

Para resumir, resulta oportuno trazar el siguiente esquema, que servirá como norma para la elaboración del plan insurreccional:

1. Las tropas del ejército regular constituyen una fuerza militar temible, no sólo en campo abierto sino además en la lucha urbana. Si en su seno no existen algunas unidades solidarias con la revolución y si los insurrectos no consiguen atraer hacia su causa a esta o aquella unidad regular, la insurrección está condenada a la derrota. Para asegurarse la victoria, el proletariado debe, aún antes de entrar en acción, llevar a cabo una dura lucha por la conquista del ejército y para arrastrar a las fuerzas armadas hacia



**OBREROS, soldados y marineros armados dieron sólido respaldo a los bolcheviques cuando en 1917, bajo la dirección de Lenin, conquistaron el poder.**

la causa del proletariado revolucionario o, al menos, para neutralizarlas. El Partido y el proletariado deben dedicar la mayor atención a esta tarea.

No se debe olvidar que la insurrección, considerada en el sentido más amplio de la palabra, no empieza cuando entra en acción la organización de combate del proletariado, sino varios días o semanas antes de que sea desencadenada la lucha armada, en el mismo momento en que se fija la fecha de la sublevación y en que el Partido lleva a cabo la agitación tendiente a conquistar a las tropas, así como las tareas destinadas a armar al proletariado y a movilizar un número cada vez mayor de elementos proletarios y "lumpenproletarios" en vista de la batalla decisiva; en otras palabras, en el momento en que, por su propia iniciativa, las masas entran en conflicto con las fuerzas gubernativas. En este período, de preparación para la ofensiva, que comienza antes de la batalla general, el Partido debe concentrar su atención en la desmoralización y la conquista política del ejército. Es oportuno destinar a los mejores militantes para la realización de las

tareas de agitación entre los soldados, así como organizar la fraternización entre soldados y obreros, distribuir las publicaciones del Partido, reforzar las células comunistas en las unidades militares, impartiendo instrucciones sistemáticamente, "trabajando" individualmente a cada hombre, etc.

Como es natural, este trabajo no será interrumpido durante la insurrección sino que, por el contrario, deberá ser intensificado, a pesar de los sacrificios y de los fracasos que la situación pueda comportar.

2. Las tropas con mentalidad contrarrevolucionaria deben ser desarmadas con un ataque por sorpresa lanzado por unidades de obreros armados, cuando los contrarrevolucionarios todavía no estén listos para combatir y, por lo tanto, no puedan emplear a plenitud su armamento.

En aquellas unidades donde existan células comunistas bastante fuertes y que posean influencias sobre una parte de los soldados, es necesario organizar la sublevación para suprimir el comando reaccionario, y así poder utilizar posteriormente a esos soldados contra las otras unidades que no haya sido posi-

ble desmoralizar. Es oportuno incorporar a las tropas que se han puesto de parte de la revolución, o a los diferentes grupos de soldados solidarios con éste, un determinado número de obreros. Por lo general, en el curso de los combates que se libran en los centros urbanos, resulta útil reforzar las unidades militares solidarias, con efectivos de la Guardia Roja.

3. En el caso de que el ataque por sorpresa no fuese coronado por el éxito, es necesario cercar a las tropas en sus cuarteles, impidiéndoles que se acerquen al centro de la ciudad. En este caso será necesario utilizar barricadas y organizar el asedio de los cuarteles y de los acantonamientos, en espera de que en los otros barrios los insurrectos hayan preparado sus unidades de combate, hayan reforzado las posiciones conquistadas y hayan organizado las fuerzas para atacar al enemigo cercado. Durante el asedio se debe tratar de evitar que el adversario establezca contacto con el mundo externo, con las unidades vecinas y con los comandos, cortándole el agua y la luz, debilitándolo materialmente con ataques audaces y repentinos y desorientándolo psicológicamente con rumores alarmistas, etc.

Si tropas regulares entran en la ciudad con el fin de luchar contra la insurrección, se debe recurrir a la táctica de las barricadas, frenando el impulso frontal de los adversarios y atacando por los flancos, desde las ventanas y desde los techos de los edificios, lanzando ataques audaces y repentinos, organizando la fraternización y la agitación política, desmoralizando a los soldados e induciéndolos a ponerse de parte de la revolución.

### LOS OBJETIVOS TACTICOS DURANTE LA INSURRECCION

Una vez conquistado el poder en una ciudad determinada, los insurrectos deberán apuntar, como objetivo principal, hacia la consolidación del poder conquistado y hacia su ampliación, abarcando nuevos campos de acción, es decir, las unidades del ejército regular y los diferentes grupos contrarrevolucionarios venidos de otras zonas para aplastar la insurrección o que, habiendo quedado intactos, abandonaron transitoriamente la ciudad durante la insurrección. En este caso no resulta difícil determinar cuál es la directriz de ataque más favorable: las fuerzas armadas contrarrevolucionarias. Resulta más que evidente, en efecto, la necesidad de concentrar los recursos y las fuerzas del nuevo poder, contra un enemigo que todavía no ha sido definitivamente derrotado.

Una cuestión totalmente diferente y mucho más difícil de resolver, es la de la selección de los objetivos que es necesario atacar apenas entra en acción la organización táctica del proletariado, en ocasión de una insurrección urbana. A esta altura se presenta ante los dirigentes de la insurrección una gran cantidad de edificios y de instalaciones que es necesario atacar para conquistar la victoria decisiva: edificios gubernativos (ministerios, comisarías, servicios públicos, etc.), instituciones económicas (cámaras de comercio, bancos, sedes de empresas, etc.), estaciones, telégrafos, comandos y estados mayores, armerías sedes fascistas, organismos dirigentes de partidos hostiles a la revolución, diarios e imprentas, etc.

Todos estos objetivos deben ser ocupados y, posteriormente, destruidos (locales policiales y sedes de partidos y de asociaciones contrarrevolucionarias, etc.) o utilizados por el proletariado para la realización de sus objetivos. Pero no se trata tanto de esto como de saber en qué orden deben ser efectuadas las ocupaciones. ¿Cuál es la mejor manera de utilizar la organización táctica y las armas de que ésta dispone? La experiencia nos dice que antes de la conquista del poder, el proletariado tendrá una enorme necesidad de armas; salvo pocas excepciones, el proletariado nunca podrá contar con el número necesario de armas. Por consiguiente, visto el escaso número de armas de que se dispondrá, uno de los problemas esenciales de la táctica revolucionaria consistirá, en el curso de la primera fase de la insurrección, en usarlas correctamente.

La distribución igualitaria de las armas y el deseo de apoderarse simultáneamente de todos los objetivos posibles, comportan, fatalmente, no sólo la derrota de determinadas unidades, sino de toda la insurrección. Con este tipo de criterio, la Guardia Roja sólo logrará apoderarse de objetivos secundarios que, quizás, no influyen de manera decisiva (tanto por lo que se refiere al adversario como a los insurrectos) sobre la marcha general de la insurrección; estaciones, edificios gubernativos, empresas municipales, centrales telefónicas y telegráficas, etc. De esta manera, en la lucha por la conquista de los objetivos esenciales y decisivos (las tropas, las armerías, la policía, los comandos contrarrevolucionarios, etc.), las unidades armadas del proletariado—debido a que su número se ve reducido por la falta de armas—fracasarán totalmente, reduciendo de manera sensible la posibilidad de conquistar la victoria global. Es por ello que el principio de la victoria parcial (ser más fuertes que el adversario en el momento y en el lugar que interesan a los revolucionarios), asume, en el caso de una insurrección, una importancia todavía mayor que la que tiene en el ámbito de la táctica de los ejércitos regulares.

La dirección de la insurrección debe determinar cuál es el objetivo principal, es decir, aquel objetivo cuya conquista tendrá el poder de inclinar la balanza a favor de los insurrectos, para concentrar contra él el mayor número de hombres y de recursos (armas).

En tales circunstancias no hay que preocuparse de ciertos objetivos o barrios de importancia secundaria, teniendo bien presente que una vez alcanzado el objetivo principal, no será difícil conquistar los objetivos secundarios.

El objetivo principal variará según las circunstancias. En términos generales podemos señalar: en primer lugar, el ejército regular; en segundo lugar, la policía (si no existiesen tropas regulares en la ciudad considerada o si los soldados ya hubiesen pasado al campo revolucionario antes de la insurrección); en tercer lugar, los depósitos de armas, para armar a los obreros; en cuarto lugar, la liquidación de los jefes de la contrarrevolución (gobernantes, comandantes, miembros de organismos centrales de partidos y de asociaciones, etc.).

Los dirigentes de la insurrección deben elegir el objetivo principal, orientándose sobre la base de la función política y militar de cada objetivo. Según las circunstancias y las

fuerzas de los insurrectos, el objetivo principal podrá estar constituido por el conjunto de esos objetivos o por algunos de ellos, y las fuerzas del proletariado deberán ser distribuidas consecuentemente. Al menos en el primer periodo de la insurrección, para la conquista de todos los objetivos secundarios, el proletariado deberá destinar una parte mínima de sus fuerzas y si su conquista no contribuye directamente a la solución de la tarea principal, deberán ser dejados de lado transitoriamente. Es importante no olvidar que muchos objetivos para cuya conquista a veces son elegidos grupos bien armados (en Reval, 25 hombres ocuparon las estaciones ferroviarias), a menudo pueden ser ocupados sin dificultad por grupos de obreros armados más o menos precariamente (cachiporras, hachas, cuchillos, pistolas, etc.), bajo la dirección de un puñado de energicos y experimentados miembros del Partido.

Por lo que se refiere a las unidades regulares, se pueden presentar diferentes problemas: por un lado, la organización de una rebelión en la unidad o unidades que interesan, si el grueso de los soldados ya se encuentra bajo la influencia de los comunistas que actúan en su seno; por otro, la organización de un ataque por sorpresa, con el fin de suprimir al comando y de captar al grueso de los soldados, si se tiene la seguridad de que al menos una parte de ellos está dispuesta a unirse a la revolución. En ambos casos convendrá enviar, junto con las unidades de la Guardia Roja, a algunos comunistas experimentados, que sean bastante conocidos y que tengan cierta influencia entre los soldados. (...)

El respeto del principio de la victoria parcial (ser más fuertes que el adversario en el momento y lugar que interesan a los revolucionarios), es indispensable no sólo por lo que se refiere a la distribución de las fuerzas al principio de la insurrección, sino en todo el periodo de lucha. No observar esta norma fundamental del arte militar comporta, para los insurrectos, la imposibilidad de obtener la rápida ruptura del equilibrio de fuerzas, inclinando la balanza hacia su causa. Ello representa, en definitiva, el derrumbe de la insurrección. Inmediatamente después de haber resuelto un problema, es necesario usar el grueso de las fuerzas para resolver el problema que le siga en orden de importancia, liquidando, de paso, a los grupos enemigos que se encuentran aislados y apoderándose de aquellos objetivos que puedan obstaculizar la realización del objetivo principal. Resulta fundamental que cada comandante de unidad respete este principio en el momento en que organiza sus fuerzas para cumplir con la misión que le ha sido confiada.

Uno de los objetivos primarios de la insurrección, cuya realización asegura inmediatamente enormes beneficios a los insurrectos, podría ser la liquidación de los jefes contrarrevolucionarios: ocupación de los comandos, captura de los altos funcionarios (ministros, jefes de policía, etc.), supresión de los comandantes reaccionarios, de los dirigentes de los partidos adversarios, etc. Este objetivo se presentará, con frecuencia, en la primera fase de la insurrección, como ocurrió en San Petersburgo en 1917, predominando sobre todos los demás.

Sin embargo, la experiencia revolucionaria

nos obliga a subrayar que tal objetivo debe ser tenido en cuenta ya en el momento en que se elabora el plan insurreccional y aún en el caso de que los insurrectos se vean obligados a destinar inicialmente el grueso de sus fuerzas para el cumplimiento de tareas de importancia decisiva (organización de la sublevación de las tropas regulares, desarme de las unidades contrarrevolucionarias, requisa de armas, etc.). La liquidación de las autoridades superiores y de los defensores activos del ex gobierno, en el curso de la insurrección, es un elemento de importancia capital. A pesar de ello, antes de la insurrección algunos compañeros se preocupan exclusivamente de la táctica de la lucha urbana, considerando que la liquidación de los jefes contrarrevolucionarios y la organización de acciones de esta naturaleza, no son factores de primer plano. Veamos lo que afirma Anulov sobre este tema, en la antología "La lucha urbana": "Las acciones terroristas son iniciativas que no pueden arrojar buenos resultados en la lucha callejera, dado que en el ámbito de este tipo de lucha, el papel de los individuos como tales no puede asumir gran importancia".

Más adelante, criticando el Reglamento sobre el servicio campal del Ejército Rojo, en el cual se afirma que "la persona del comandante que está a cargo de una unidad armada, reviste una importancia de primer plano en la represión de la insurrección", Anulov insiste: "los actos terroristas revisten una importancia ínfima en el ámbito de la lucha de las masas organizadas".

Es imposible aceptar esta afirmación, que es absolutamente errónea y antileninista. Anulov confunde dos nociones diferentes del terrorismo individual. Toma literalmente la opinión de Marx sobre el terrorismo individual en tiempos "de paz" no revolucionarios, y la transfiere al terreno de la lucha de masas del proletariado por la conquista del poder, mientras que, en realidad, los marxistas deben aplicar un criterio diferente en cada caso: negando el terrorismo individual, que para los populistas representaba la panacea contra todas las enfermedades sociales, el marxismo admite el terror en los periodos revolucionarios, durante la lucha directa del proletariado por la conquista del poder.

Veamos lo que afirmó Lenin al respecto en "Las enseñanzas de la insurrección de Moscú", escrito en 1906: "No debemos hacer propaganda de pasividad ni limitarnos a 'esperar' que el ejército 'venga hacia nosotros', sino que debemos proclamar a los cuatro vientos la necesidad de una ofensiva valerosa, de un asalto con las armas en la mano; la necesidad de aniquilar a las autoridades y de librar la lucha más enérgica posible para conquistar al ejército vacilante".

Por lo demás Anulov termina por contradecirse. Citando un pasaje de un artículo de **Rote Fahne** ("Bandera roja") sobre el imponente movimiento de masas y sobre el entusiasmo combativo de estas masas en ocasión de la insurrección espartaquista de enero de 1919 en Berlín, y sobre la inactividad y la pasividad de los dirigentes, que "se sentaban a discutir" mientras doscientos mil obreros esperaban con desesperación directivas y órdenes para pasar a la acción, Anulov llega a la siguiente conclusión: "Un ejemplo clásico de

## Historia viva

fracaso atribuible a la pasividad y a la falta de decisión de las masas insurrectas y, sobre todo, de sus dirigentes, es el de la insurrección espartaquista berlinesa de enero de 1919".

Las masas fueron derrotadas a causa de la pasividad de los jefes. Entonces esto quiere decir, ni más ni menos, que el papel de los dirigentes en el curso de la insurrección, prácticamente no tiene límites.

En todas aquellas insurrecciones en las cuales los insurrectos no supieron o no quisieron llevar a cabo con suficiente tenacidad la liquidación de los jefes de la contrarrevolución, los revolucionarios fueron derrotados u obligados a combatir en condiciones mucho más difíciles que las que se les habrían presentado si hubiesen sorprendido en el momento justo a los dirigentes adversarios. Insurrecciones como la de Hamburgo o como la del ejemplo citado por *Rote Fahne*, en las cuales faltó dirección, en las cuales las masas fueron abandonadas a sí mismas, están destinadas al fracaso. Triunfan, en cambio, aquellas insurrecciones en que, además de los otros factores indispensables para la conquista de la victoria, existe una dirección firme y experimentada y en las cuales el proletariado en armas se ocupa a tiempo de "decapitar" a la contrarrevolución. La "cabeza" de la contrarrevolución puede ser cortada con operaciones de diversión cuidadosamente planeadas, con acciones terroristas de diferente naturaleza o bien mediante la eliminación física o la detención de los dirigentes reaccionarios.

Nos encontramos ante un principio irrefutable, que deberá ser aplicado con firmeza cada vez que sea necesario, tanto por lo que se refiere a los dirigentes políticos y a los jefes del ejército y de la policía, como a los comandantes de las unidades de menor importancia con las cuales los revolucionarios tendrán que vérselas durante la lucha urbana. Por todas estas razones, el Reglamento sobre el servicio campal del Ejército Rojo atribuye una importancia enorme a la persona del jefe responsable de las tropas.

Es interesante tener presente que la supresión de las autoridades enemigas o, al menos, de una parte de las personas cuyo cargo o cuya posición les permitirían ejercer una in-

fluencia directa y activa sobre la represión de la insurrección en sus fases iniciales, requiere, por lo general, el empleo de un número muy reducido de hombres.

Entre los objetivos principales no debe ser olvidada la red de comunicaciones: teléfono, telégrafo y emisoras de radio, tanto si se trata de centrales urbanas o ferroviarias, como de puertos o de comandos militares. La dirección del movimiento debe dedicar la mayor atención a la ocupación y a la correcta utilización de todas estas instalaciones. Si las fuerzas de que se dispone no bastasen, será necesario adoptar medidas que permitan neutralizar la red, para evitar que el enemigo siga utilizándola. Estos objetivos son más fáciles de destruir que de ocupar: bastará recurrir a un puñado de hombres, para cortar las principales líneas telefónicas y telegráficas.

Por lo general, al principio de la insurrección los revolucionarios destinan ingentes fuerzas para la ocupación de diferentes instalaciones: oficinas de correos, estaciones ferroviarias, bancos, etc., debilitando las unidades que deberían encargarse de la realización de tareas que en la primera fase de la sublevación revisten un carácter decisivo. Objetivos como las estaciones ferroviarias, las oficinas postales, los organismos municipales, etc., no revisten importancia decisiva a los efectos de la insurrección. Será bastante fácil apoderarse de ellos, pero resultará mucho menos fácil mantenerlos ocupados, si antes no se destruye el grueso de las fuerzas enemigas. En consecuencia, cuando los insurrectos no posean un gran número de hombres, la ocupación de tales objetivos debe ser colocada en segundo plano o, en última instancia, encomendada a unidades de obreros armadas mediocrementemente.

En la elaboración del plan insurreccional, tampoco hay que olvidarse de la liberación de los presos políticos, objetivo que —como han demostrado las insurrecciones de Cantón y de Reval— puede revestir una importancia de primer plano. Apenas se presente la menor ocasión, se debe proceder a la liberación de los presos políticos, al principio de la insurrección.

**MIJAIL TUKACHEVSKI**